

LAS "LEYES DE LA HISTORIA" ANTE LA CIENCIA

POR

VLADIMIRO LAMSDORFF GALAGANE.

¿Existen "leyes de la historia", o no existen? En otros términos, ¿es predecible o no nuestro futuro? ¿Estamos condenados a "progresar" indefinidamente hacia estados sociales cada vez "mejores", que determinados sesudos varones pretenden conocer, y en los cuales esos mismos sesudos varones ostentarán el poder político? ¿O podemos, por el contrario, no hacer ni el menor caso de esas predicciones y elegir nosotros mismos nuestro propio régimen político-social, aunque resulte menos "progresivo"? Ese "futuro" de que nos hablan, ¿tendrá obligatoriamente lugar, o sólo si nosotros queremos?

Se trata de un problema relativamente reciente. En épocas pasadas, su solución aparecía tan evidente que nadie se lo planteaba siquiera. La única fuerza necesitante que se concebía en la Historia era la Divina Providencia, que no podemos conocer por adelantado, salvo por Revelación. Como ejemplo de esta actitud —unánimemente compartida— podemos citar a Santo Tomás de Aquino, entre otras razones, porque en él encontramos esta tesis expresamente formulada. Al hablar del "hado" o "fatalidad", concepto frecuente en escritores de la Antigüedad, así lo afirma: lo único a que está sometida nuestra "suerte" es a la Divina Providencia (1). Pero en primer lugar, no podemos conocerla —salvo en lo que buenamente nos revele el propio Dios. En segundo lugar, ha dispuesto las cosas de tal modo, que en los acontecimientos de la historia intervenimos nosotros, los hombres, en calidad de "causas segundas" dotadas de libertad. Por consiguiente, no es siquiera concebible ninguna "ley histórica" que podamos formular con ayuda de nuestra propia inteligencia.

Ciertamente, no encontramos esta última conclusión expresamente formulada en Santo Tomás (la cosa parecía tan evidente en su época que *no tenía por qué* formularla). Pero encontramos las pre-

(1) Cfr. *S. Th.*, 1, 116, 1c, y en general, toda la q. 116 (*De fato*).

misas de que se deduce. La mayor la sienta al preguntarse si podemos conocer las cosas futuras (2), a lo que contesta que sólo si conocemos sus causas ya presentes; y las conocemos con tanta mayor certeza científica, cuanto más necesariamente estas causas produzcan su efecto. La premisa menor es la afirmación de que la Providencia ha dispuesto las cosas de tal forma que las "causas segundas" actúan libremente y, por tanto, producen sus efectos de modo contingente (3). Luego, aunque Santo Tomás no haya sacado él mismo la conclusión, no nos es difícil hacerlo por él: la historia es precisamente el relato de determinados efectos de causas segundas, luego no podemos conocerla científicamente por adelantado. Tampoco lo intentaba nadie. El problema, como vemos, no se planteaba.

Se empezó a plantear en el siglo pasado, cuando determinados pensadores declararon que *habían encontrado* la ley universal de todo desarrollo histórico. Se "encontraron" incluso varias. Una de ellas es la teoría, llamémosla "biológica", de la cultura. Según ella, los sujetos de la historia no son las personas, sino las "culturas" (egipcia, babilónica, griega, maya, etc.); y estas culturas están sujetas a ciclos, parecidos a los biológicos: tienen su nacimiento, su desarrollo, su madurez, su decadencia y su muerte. Esta teoría cíclica, iniciada por Danilevski, es conocida, fundamentalmente, por los nombres de Spengler y Toynbee.

Otra teoría de la historia es el "progresismo" lineal, inspirado en la teoría evolucionista de Darwin: la sociedad humana, al igual que las especies animales, progresa de lo menos a lo más perfecto; tiene que ser así, y no puede ser de otra forma. Como representante "académico", podríamos citar a Spencer, aunque en realidad, más que entre filósofos o teóricos, esta doctrina está difundida a nivel de periódico y gran público, en forma intuitiva y pre-científica. Estoy pensando, por no ir más lejos, en nuestra propia prensa de tipo democristiano. Tomen ustedes, por ejemplo, cualquier editorial de "Ya", y observarán que todo el que intervenga en defensa del régimen actual es calificado de "inmovilista", de enemigo *del cambio*.

(2) *S. Th.*, 1, 86, 4.

(3) *S. Th.*, 1, 19, 8.

Sin embargo, esos que “Ya” llama “inmovilistas”, por regla general, sí desean que haya cambios, incluso bastante radicales, pero no en dirección de la democracia liberal. ¿Qué es lo que ocurre, entonces? Simplemente que en “Ya” estiman que la democracia liberal es un “progreso” con relación al estado de cosas actual, luego no puede haber otro “cambio” sino hacia ella. Tanto es así que las más de las veces no se refieren a la democracia liberal por su nombre, sino que la llaman, sin más, “el futuro”. Claro, una teoría así, a primera vista, parece absurda. Pero si se insiste, se machaca, cada día, cada día, llega a ser muy eficaz para “comerse la moral” del adversario. Incluso, si se consigue que la gente se la crea, puede, sin ser verdad en un principio, llegar a serlo precisamente porque la gente se la ha creído. Y hay que reconocer que en esto, el equipo de “Ya” está cosechando indudables éxitos, hasta en el seno del Gobierno.

Otra teoría de la historia, por fin, es la teoría “dialéctica”, según la cual la historia transcurre por “tesis-antítesis-síntesis”: a un estado de cosas dado sucede siempre su negación (antítesis), que tampoco se mantiene, sino que abre camino a la “síntesis”, que a su vez, se presenta como “tesis”, que genera su “antítesis”, y así sucesivamente. Con lo cual, conociendo la fase en que estamos en un momento dado, se puede, en teoría, predecir la siguiente (aunque en la práctica, los partidarios de esta doctrina suelen hacer sus predicciones *a posteriori*, acerca de tesis, antítesis y síntesis *ya pasadas*). Esta corriente “dialéctica” tiene dos variantes. La primera en fecha es la idealista de Hegel, según la cual el que se divierte con este juegucito es el Espíritu “Geist”, presente, de alguna forma misteriosa, detrás de los fenómenos históricos y que contrariamente al común de los mortales, Hegel, también de alguna forma misteriosa, ha llegado a conocer. La segunda es la materialista de Marx-Engels, para la cual los responsables del mecanismo son —tampoco se sabe muy bien cómo— los intereses materiales y las clases sociales. Esta última teoría es la que tendremos en cuenta de un modo muy especial, no tanto por su mérito científico, que como veremos, no es mayor que el de cualquier otra de las citadas, sino por su actual importancia política.

Desde luego, estas teorías, entre todas, plantean un problema. El limitarse a afirmar hoy, como hizo en su día Santo Tomás, que son imposibles, nos deja —aunque sea totalmente cierto— algo defraudados. Porque si es imposible formular ninguna “ley de la historia”, ¿qué hemos de pensar de las “leyes de la historia” que se afirma por ahí que *han sido* descubiertas? Y de este interrogante se derivan otros: ¿de verdad resulta tan imposible predecir cualquier acontecimiento social? Es decir, ¿resultan imposibles todas las “ciencias sociales”? Y, por fin, en tal caso, ¿cuál sería la misión de los historiadores?

Intentaré responder, en cierta medida, a todo este haz de preguntas. Pero no voy a pretender inventar nada. La cosa ya ha sido hecha, y muchísimo mejor de lo que yo pueda siquiera aspirar, por uno de los más notables filósofos de nuestro siglo, Karl Raimund Popper, de cuyas ideas en la materia les intentaré ofrecer una breve síntesis (4). Cosa curiosa: las conclusiones de Popper, pensador nominalista y agnóstico, vienen a coincidir, en este punto, con los planteamientos de Santo Tomás, que partía de supuestos y trataba problemas totalmente distintos. Es que la lógica es independiente del credo filosófico, y es precisamente ella la que asegura, en el tema que nos ocupa, la convergencia, a veces sorprendente, de dos pensadores a primera vista tan dispares.

1. Ciencia experimental e historia.

¿Qué hay que pensar —hemos dicho— de las “leyes de la historia” que determinados pensadores dicen haber descubierto? Empecemos por señalar una cosa: hasta la fecha, todas ellas pretenden ser leyes *científicas*. Luego, para valorarlas, necesitaremos partir de

(4) Me ha servido de fuente fundamental su obra *La miseria del historicismo*, trad. P. Schwartz, Taurus, Madrid, 1961; han de consultarse también, asequibles en castellano, sus *La lógica de la investigación científica*, Tecnos, Madrid, 1962; *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Buenos Aires, 1957; *Sobre la teoría de la inteligencia objetiva*, en el vol. *Ensayos de filosofía de la ciencia*, Tecnos, Madrid, 1970, págs. 202 y sigs.

una idea clara de lo que es, en general, "ciencia", o más concretamente, "ciencia experimental", pues se hace apelación precisamente a esta última.

Pues bien, según Popper, las ciencias experimentales se componen de leyes de co-varianza de determinados fenómenos. Tienen carácter universal, y se formulan —o se pueden formular— en forma hipotética; por ejemplo: *si* varía la distancia entre dos cuerpos, la fuerza con que se atraen variará en proporción inversa a su cuadrado.

La búsqueda y establecimiento de tales leyes han de cumplir varios requisitos, el principal de los cuales, para emplear el término de Popper, es la "falsabilidad". Este concepto constituye la decisiva aportación de Popper a la teoría de la ciencia, al superar definitivamente la noción de "verificación experimental". Consiste en lo siguiente: toda posible ley de la naturaleza se ha de formular en primer lugar como hipótesis a comprobar. Para que esta hipótesis pase a estado de "comprobada", ha de ser posible determinar experimentalmente si las variables consideradas varían efectivamente según esta hipótesis; pero *no se buscan respuestas afirmativas, sino negativas*: basta con un solo caso en que las variables *no* varíen según la hipótesis para que no la podamos aceptar en calidad de ley universal, y tengamos, por consiguiente, que desecharla. Como dice Popper, la hipótesis ha sido "falsada". En cambio, las respuestas afirmativas, por muchas que hallemos, no prejuzgan nada. Permiten, todo lo más, aceptar la hipótesis a título provisional, y manejarla como "ley" hasta tanto no se "false". Volvamos a nuestro ejemplo de la ley de Newton. En el momento de descubrirla, Newton pudo muy bien plantearse la hipótesis de que la atracción fuera inversamente proporcional a la distancia; probablemente, incluso lo hizo; pero unos sencillos cálculos y mediciones le convencieron de que no lo era. Entonces desechó esta primera hipótesis y probó con el cuadrado. Esta vez, de momento, la hipótesis no fue "falsada" y se aceptó como ley de la gravedad. Pero recientemente, al surgir hipótesis en que también esta ley podía resultar falsa, se hizo preciso integrarla en otra más amplia, la teoría de Einstein, la cual, a su vez, también está expuesta a la misma suerte.

Es característica de las leyes experimentales —mientras no han sido “falsadas”— el permitir hacer predicciones. Pero es importante que nos fijemos en la estructura lógica de las mismas, que en el lenguaje de cada día puede pasar inadvertida. Es que con sus reglas ocurre lo mismo que, por ejemplo, con las del silogismo. Nadie, en la conversación habitual, dirá lo siguiente:

“Todos los madrileños son españoles.

Yo soy madrileño,

Luego soy español.”

Queda perfectamente claro diciendo, mucho más brevemente, “soy español, porque soy madrileño”. Pues bien, con la predicción científica ocurre algo parecido. ¿Cuál es, entonces, su forma adecuada?

Para hacer una predicción categórica (no hipotética) se necesitan dos elementos. El primero es una ley universal, que servirá, digamos, de premisa mayor; por ejemplo “todo alambre de hierro de tal grueso soporta un peso máximo de 5 kilogramos”. El segundo es la descripción de nuestro experimento, lo que Popper llama las “condiciones iniciales”, que hará de premisa menor; por ejemplo, “tenemos un alambre de este mismo grueso, y le colgaremos un peso de 10 kilogramos”. De ahí la predicción: “se romperá”. Por tanto, toda predicción necesita de ambos elementos.

Ahora, fijémonos en una particularidad interesante: nuestra “premis menor”, o las “condiciones iniciales”, por usar el término de Popper, *no* son enunciados científicos, sino enunciados *históricos*, relativos a un estado de cosas en un lugar y momento dado. Del mismo modo, son enunciados históricos todas las proposiciones existenciales, o si prefieren, todas las descripciones de contenidos sensibles. Son siempre proposiciones singulares y categóricas: serán afirmativas o negativas, pero no se pueden formular en forma hipotética. De los enunciados históricos no cabe ciencia: no es posible experimentar sobre si existió Napoleón o sobre si declaró la guerra a Prusia, o siquiera sobre si en esta habitación hay una silla. O bien tenemos ocasión de comprobarlos mediante nuestros propios sentidos (vemos la silla), colocándonos en la misma circunstancia de tiem-

po y lugar que el observador, o bien no tenemos más remedio que *creer* (o dejar de creer) al testigo que nos los relata (5).

Ciertamente, este esquema ideal no se cumple, de hecho, en todas las actividades que habitualmente se llaman "científicas". Algunas no sobrepasan lo que solemos llamar "nivel descriptivo": es decir, constan por entero de proposiciones existenciales y categóricas, o sea *históricas* (tal era el caso, en su día, de la zoología de Linneo, y es, aun hoy, el de buena parte de la sociología). Han surgido incluso protestas, por parte de los cultivadores de estas ciencias, contra la reducción del concepto de "ciencia" a lo designado por Popper (6.) No nos vamos a enredar ahora en querellas terminológicas; aun cuando yo personalmente crea que el nombre más adecuado para estas actividades sea el antiguo de "historia natural", no tengo ningún inconveniente a que se titulen "científicas", si así les place a sus representantes (7). Pero en lo que respecta a la predicción, que es lo que nos interesa ahora, hay que constatar que cuantas menos hipótesis "falsables" elabora una ciencia, por el sistema de "ensayo y error", sea porque no proponga hipótesis en absoluto (caso del botánico que describe una planta), sea porque estas hipótesis no resulten "falsables" (caso del lingüista o del economista que "idealizan" una realidad compleja mediante "modelos" matemáticos), tantas menos predicciones podrá hacer con base científica.

Porque una cosa está clara: no se pueden hacer predicciones ni

(5) Compárese con la doctrina aristotélica de que «no hay ciencia sino de lo universal», y su desarrollo por Santo Tomás (p. ej., *S. Th.*, 1 86, 1 y 3); pese a las distintas vías de llegada, Popper acaba coincidiendo con ellos en lo fundamental.

(6) Por ejemplo, en España, V. Sánchez de Zavala, *Sobre las ciencias de «complexos»*, en *Ensayos ... cit.*, págs. 39 y sigs.

(7) Ciertamente, ello equivale a admitir como definición que «ciencia es lo que hacen los científicos, y científico es quien dice serlo», lo cual suena un tanto insólito. Pero bien mirado, no creo que se fuera a hundir el mundo por eso. Es que, honradamente, no veo otro modo de incluir bajo un mismo concepto de «ciencia» cosas tan distintas como son, p. ej., «ciencias exactas» como las matemáticas, «ciencias experimentales» como la física, «ciencias humanas» como la lingüística, «ciencias históricas» como la paleografía o «ciencias jurídicas» como el derecho penal.

con *sólo* enunciados científicos (es decir, con leyes universales), ni con *sólo* enunciados históricos (es decir, singulares). Y este solo hecho basta para descalificar la mayoría de las actividades de los teóricos de la historia, especialmente en su variante "biologista" (tipo Spengler-Toynbee).

2. El problema de las ciencias sociales.

Con todo, les queda una salida, en particular a los marxistas. Es la de pretender haber deducido de la historia una o varias "leyes objetivas", comparables a las científico-experimentales. El examen de esta pretensión nos obligará a detenernos un momento en el planteamiento, en general, de las *ciencias sociales*.

¿Son posibles, en general, conocimientos experimentales en materias sociales? Nuestra argumentación anterior parece demostrar que no: no es posible prever acciones libres. Sin embargo, hay que tener en cuenta que en la vida diaria, no siempre ponemos en juego nuestra facultad de razonar y, por tanto, nuestra libertad de elección. Por tanto, pueden resultar previsibles, con una buena aproximación, nuestros actos habituales, o convencionales, o inconscientes, o reflejos. Se puede decir, *grosso modo*, que cuanto menos reflexiva, más "mecánica", sea una actividad, tanto más predecible resulta. También hay que tener en cuenta, ya en la zona de actividades plenamente conscientes, que si bien todos tenemos la *facultad* de apartarnos de un patrón de conducta generalmente admitido, o que en una circunstancia dada resulte "razonable", no todos lo hacemos en la práctica. Esto permite la elaboración de leyes estadísticas, e incluso, gracias a la ley de los grandes números, de modelos matemáticos. Al fin y al cabo, una ley estadística es tan *ley* como cualquier otra, y se establece del mismo modo: por hipótesis y "falsación". Claro, el que encontremos *un caso* que no se ajuste a la hipótesis sólo la "falsa" como ley universal, cosa que no pretendía ser; en cambio, queda "falsada" como tal ley estadística cuando al menos una vez no hayan transcurrido con arreglo a ella *la mayoría* de los casos considerados.

Por supuesto, la predicción que permiten tales leyes será siem-

pre aproximada, con un determinado margen de error admitido de antemano. Por otra parte, estas leyes están expuestas a quedar "falsadas" en todo momento, y en bastante mayor medida que las físicas; luego su uso es siempre provisional, como con una cláusula "rebus sic standibus".

Ahora bien, dentro de estas limitaciones, son perfectamente posibles conocimientos experimentales; establecerlos tiene su técnica: por ejemplo, no siempre es posible la experimentación directa, que ha de sustituirse frecuentemente por la observación de datos históricos; ni siempre es fácil aislar las variables consideradas, etc., etc. Pero pese a estas dificultades, son posibles. La mejor prueba de ello es que se han establecido relaciones aceptablemente constantes entre, por ejemplo, las variaciones del nivel de precios y las variaciones de los aranceles agrarios, o medidas crediticias, o modificaciones fiscales, etc. Es más: son precisamente conocimientos de este tipo los que hacen la diferencia entre un "hombre experimentado" y un novato. Por supuesto, los conocimientos del hombre "experimentado" no son infalibles; consisten en unas generalizaciones, por regla general intuitivas, de cómo actúa la mayoría de las personas en unas circunstancias dadas. Su valor es siempre relativo, todo lo más estadístico, por cuya razón la persona "experimentada" también puede equivocarse. Pero es indudable, sin embargo, que se equivoca menos que una persona sin experiencia, lo cual obliga a admitir que acumula ciertos conocimientos, aun todo lo relativos que se quiera.

Todas estas generalizaciones o leyes experimentales tienen unas características comunes, que las emparentan con las leyes físicas: en primer lugar, son siempre "falsables". Es decir, pueden siempre ser desmentidas acudiendo a la observación. En segundo lugar, siguen siendo relaciones de co-variancia de determinados fenómenos. Por tanto, siempre tendrán un carácter parcial, fragmentario; siempre irán referidas a unos determinados aspectos, o circunstancias, o sectores, o actividades de la vida social. Nunca podrán aplicarse a la sociedad entera, en su conjunto, porque en ella intervienen tantos factores variables que resulta imposible detectar los efectos de la variación de cualquiera de ellos.

3. Las "leyes históricas" y la ciencia.

A la vista de esto, ¿qué cabe decir de las llamadas "leyes de la historia"?

En primer lugar, pretenden ser leyes universales del desarrollo de la sociedad entera (cuando no del mundo): *todo* se explica con la evolución, o con la lucha de clases, o con las razas dominantes, o con los ciclos históricos. Acabamos de ver que esto no es científico, ni puede serlo. Sus defensores pretenden obviar nuestra objeción diciendo que han inducido sus leyes no del estudio de una u otra variable concreta, sino de la observación de la historia "en su conjunto". Pero entonces, a más razón: la historia "en su conjunto" es *una*, y de la observación de *un solo* fenómeno no puede deducirse una ley universal.

Otros, más moderados, contestan que su propósito no es tanto establecer leyes, como distinguir *tendencias* históricas, cuyo efecto se pueda hacer sentir en el futuro. Sólo que una tendencia *no es una ley*. Su constatación sigue siendo un enunciado existencial, no universal, y por tanto, *histórico*. Luego cualquier predicción en base a él es imposible (cosa que se comprueba cada día: una *tendencia* al aumento de una población puede ser todo lo constante que se quiera, y luego quebrarse en cuestión de años, incluso de días). Las tendencias sólo son manejables a efectos de predicciones cuando vienen ellas mismas explicadas, mediante una ley universal y un enunciado histórico, lo cual nos retrotrae al problema anterior.

Como consecuencia de lo dicho, las "leyes de la historia" *no son falsables*. Cuando surgen hechos que las desmienten, su alto grado de generalidad siempre permite a sus defensores afirmar que sólo es en apariencia, o que es una excepción transitoria, o que es un hecho "aberrante", y por tanto, "aislado", o por fin, que su ley "todavía" no se ha cumplido, pero se cumplirá lo mismo en un porvenir más o menos alejado. Por otra parte, si los partidarios de las "leyes de la historia" jugaran limpio, tampoco tomarían en cuenta los hechos que transcurren *de acuerdo* con su "ley". Pero hacen todo lo contrario: en cuanto surge uno, por insignificante o traído por los pelos que sea, lo agitan triunfalmente como "confirmación" de su teo-

ría. Por consiguiente, es imposible demostrar que alguna "ley histórica" sea falsa. En cambio, resulta relativamente fácil hacer creer que es verdadera. Pero esto mismo es la mejor prueba de que no se trata de leyes científicas: su aceptación es cuestión de fe.

Un buen ejemplo es el marxismo. Ha sufrido el impacto de suficientes "falsaciones" como para hacer abandonar la más sólida hipótesis científica; todas sus predicciones han resultado inexactas: ni los capitales se han concentrado en unas pocas manos, ni los proletarios se han vuelto cada vez más pobres, ni ha habido revoluciones en los países más industrializados, ni todo el resto. Sin embargo, sus partidarios siguen manteniendo que sus leyes son verdaderas, remitiéndose al futuro, o, como les gusta decir, a la "praxis". Lo exponen de la forma más enrevesada que pueden, pero en substancia, viene a ser lo siguiente: "si todos colaboramos en instaurar el socialismo, se acabará cumpliendo la predicción de que tendremos socialismo". Lo más bueno es que es verdad: si todos nos ponemos en camino hacia la puerta de Alcalá, acabaremos llegando todos a la puerta de Alcalá. Pero esto viene a ser una profesión de voluntarismo histórico, que bien mirado, es todo lo contrario de una actitud científica.

Pues precisamente este voluntarismo, o quizá activismo histórico, viene a ser un corolario de la creencia en "leyes históricas". La pretensión de científicidad y el activismo forman una especie de simbiosis: el activismo es la única garantía de la validez de la teoría, y la teoría, a su vez, encauza el activismo. Por esto la teoría incorpora a su vocabulario "técnico" términos de una gran carga emocional, como "opresión", "alienación", "explotación", "progreso", "liberación", etc. Con su ayuda, modifica el propio sistema de valores de sus partidarios: lo "bueno" pasa a ser lo "progresivo", es decir, lo que está de acuerdo con la teoría, y las acciones que se opongan a la teoría pasan a ser las "malas". Pero no malas en sí, sino "reaccionarias", o sea condenadas de antemano al fracaso... ¡por oponerse a la teoría!

Es una lógica muy sutil, cuyo mejor ejemplo, otra vez, es el marxismo. Gracias a ella, sus partidarios pueden manejar *ad libitum* argumentos éticos y "científicos": a quien ponga en duda su teoría

por motivos científicos, contestarán: "¿Entonces, Vd. es partidario de la opresión-alienación-explotación-etc.-etc.?!". Y a quien los ataque en el plano ético, acusándolos de crímenes, le dirán que obedecen a una "necesidad histórica" científicamente demostrada. Por eso es tan difícil desconvencer a un marxista. Se vuelve totalmente impermeable a toda discusión racional.

Las consecuencias más trágicas de esto ocurren cuando los partidarios de "leyes históricas", los marxistas en particular, tienen ocasión de "experimentar" su teoría. En efecto, sus leyes se refieren a la sociedad en conjunto, y por tanto, sólo pueden ser "experimentadas" modificando a la sociedad en conjunto; de ahí su tremendismo político y su tendencia a apoderarse de la única fuerza que permite tal transformación: el poder político. Pero su teoría, al no ser "falsable", *tampoco es experimentable*: una modificación de conjunto implica una multitud de medidas concretas, y si surgen consecuencias indeseables, resulta imposible saber de cuál de ellas provienen. Como no se van a atribuir a la teoría en conjunto (hasta ahí podíamos llegar...), se hace necesario que alguien tenga "la culpa", lo cual convierte a estos regímenes en una larga y continua "caza de brujas". En el límite (que en la URSS ya se ha alcanzado) pueden proponerse remodelar *al hombre*, crear un "nuevo hombre socialista" para quien resulten aceptables, e incluso deseables, unas condiciones que ustedes o yo tendríamos por intolerables.

Lo cual es, si nos fijamos, la más palmaria confesión de fracaso en el plano científico: si para cumplirse, la teoría necesita reformar a la especie humana, es que no es aplicable a la especie humana en su estado actual, partiendo de cuya observación se supone que ha surgido. Y es también su más radical refutación en el terreno ético: al fin y al cabo, tan hombres somos nosotros como los marxistas, y no hemos concedido a nadie autorización para "remoldearnos".

Así es y tenía que ser. Toda su teoría, con todos sus retruécanos, no puede ser científica por razones lógicas. En efecto, Popper ha establecido —ahí está su gran mérito— que no cabe hacer predicciones científicas si no es apoyándose en leyes "falsables", es decir, abiertas a la refutación. Como las "leyes de la historia" no son tales, sus partidarios sólo nos pueden ofrecer profecías pseudo-

científicas, y sus leyes son, todo lo más, intuiciones, quizá brillantes, tal vez incluso exactas, pero imposibles de comprobar.

4. El método de la historia.

Con todo, si me limito a lo dicho hasta ahora, es posible que deje un tanto decepcionado a quien sienta interés, profesional o aficionado, hacia la historia. En efecto, si sólo son científicos los conocimientos experimentales, y la historia no los puede suministrar, ¿cuál es el papel de los historiadores? No es una pregunta de laboratorio: ya han surgido críticas a Popper por "relegar al limbo del simple folklore todo saber histórico" (8). Luego, ¿en qué consiste exactamente la historia?

Hay que partir de una base. La historia, como tal historia, es el relato de acontecimientos singulares. Se compone de enunciados "históricos", en el sentido lógico que hemos dado al término. No se interesa por leyes universales. En cuanto comienza a hacerlo, deja de ser historia para convertirse, en el mejor de los casos, en sociología, y en el peor, en sofisma. Por supuesto, un historiador tiene derecho a hacer sociología; puede incluso hacer coexistir en un mismo libro elementos de sociología y de historia. Pero ha de darse cuenta de que utiliza dos metodologías completamente distintas.

Cuando actúa como historiador, relata acontecimientos singulares con la finalidad de que el lector le *crea*, a él personalmente o a los autores anteriores que utiliza como "fuentes". En efecto, el lector no tendrá otro medio de comprobación; y todas las técnicas de cotejo de fuentes, de búsqueda de contradicciones o coincidencias entre ellas, de confirmaciones arqueológicas, etc., sólo tienen por objeto establecer con exactitud el grado de credibilidad de tal o cual afirmación histórica.

Por otra parte, hemos visto que son proposiciones "históricas" todas las proposiciones existenciales, es decir, todas las proposiciones singulares. Por tanto, podemos formular infinitudes de proposiciones históricas verdaderas. Luego no podemos esperar que un libro de historia las contenga todas. Es decir, que se ha de hacer,

(8) V. Sánchez de Zavala, *op. cit.*, pág. 46.

entre ellas, una *selección*. ¿Según qué criterio? Pues simplemente, la historia consta de aquellas proposiciones que consideramos de *interés*.

Naturalmente, el interés es una categoría subjetiva, que puede variar de historiador a historiador, o de un público a otro. Por tanto, también puede variar el criterio de selección. Así, un marxista relatará de preferencia los acontecimientos que pueden ser explicados mediante la "lucha de clases"; un historiador de las religiones, aquellos que se explican por la lucha de ideas religiosas; el cultivador de la "*petite histoire*", los que se determinan por intrigas palaciegas; el historiador sacro, los que implican una intervención directa de Dios, etc. La presencia de este criterio de selección puede hacer pensar (a veces hasta al propio historiador) que se está demostrando una "teoría", es decir, que se está tratando de explicar *toda* la historia por la lucha de clases, o de ideas religiosas, o por las amantes de los reyes, o por la Providencia Divina. Pero esta impresión es engañosa; se trata sólo de un criterio de selección de hechos, o al menos, sólo como tal resulta metodológicamente aceptable. Porque en cuanto pasa a ser una "teoría", según hemos visto, hemos de tenerla por gratuita, so pena de meternos en la falacia de la "confirmación".

Ahora bien, en tal caso, ¿ha de contener la historia exclusivamente el *relato* de los hechos? Es que incluso a nivel de gran público, se espera que el historiador explique "el cómo y el porqué" de las cosas, y la gran mayoría de los historiadores se inclinan, también, hacia una historia "explicativa". Pues bien, esta exigencia es perfectamente legítima y compatible con lo dicho hasta ahora, con la única condición de que la explicación ofrecida responda al mismo esquema que la predicción científica. A saber: una ley universal (obligatoriamente "falsable"), más la descripción de las "condiciones iniciales" o premisas de hecho, y que de ambos se deduzca el *explicandum*.

Lo que ocurre es que en el caso del historiador, lo que ofrece dificultades es el establecer las "condiciones iniciales" o premisas de hecho. Luego lo fundamental de su labor es el análisis de la situación en que surgió el hecho a explicar. En cambio, la ley univer-

sal suele ser tan trivial, o tan insegura, que pocas veces se molesta en enunciarla abiertamente. Es más, muchas veces llega a ella intuitivamente, por una elemental generalización psicológica ("qué pensaría", o "qué haría yo" en tal caso). Quizá se vea mejor con un ejemplo. Tratamos de explicar, pongamos, el constante empeño de Rusia, durante los últimos tres siglos, en controlar los Dardanelos. Entonces, diremos que en el Mar Negro están los únicos puertos rusos libres de hielo, por tanto también los principales astilleros, por consiguiente, el grueso de la flota, y que si los estrechos están controlados por una potencia enemiga, esta flota resulta inefectiva: queda encerrada en el Mar Negro, haciendo el más profundo de los ridículos. Y al llegar ahí, nos detenemos. La cosa queda perfectamente clara y "explicada". No se nos ocurre siquiera formular la ley universal que convierte estos datos en "explicativos", que sería la siguiente: "todo gobierno tiende a la máxima efectividad de sus fuerzas armadas" (9). Se sobreentiende. Pero desde el punto de vista lógico, está ahí; si no, no habría razonamiento.

Con este ejemplo también se puede ver otra cosa: la "ley universal" que hemos invocado, en realidad no es tal. Se le pueden encontrar multitud de excepciones, es decir, se le ha de conceder un valor, todo lo más, estadístico (10). Pero esto implica que nuestra "explicación" también resulta bastante condicional y relativa. De ahí que se pueda hablar de explicaciones históricas "mejores" y "peores": una explicación histórica resultará tanto *mejor* cuantas menos

(9) Naturalmente, simplifico. La explicación desarrollada sería más bien una cadena de razonamientos: «todo gobierno tiende a la máxima efectividad de todas sus fuerzas armadas; la flota es una fuerza armada; luego todo gobierno tiende a la máxima efectividad de su flota. Una flota sin acceso al mar abierto es inefectiva; luego todo gobierno...; luego también el gobierno ruso (ya que es un gobierno). Si una potencia no rusa controla los Dardanelos, la flota rusa corre peligro de no tener acceso al mar abierto; luego el gobierno ruso tiende a que ninguna potencia no rusa..., etc.». Pero cada eslabón de la cadena, o bien es una elemental deducción, o bien responde al esquema de Popper (ley universal más premisa singular).

(10) O de «ley moral» en terminología de la filosofía tradicional (leyes generales de conducta *salva* la libertad, como por ejemplo «toda madre ama a su hijo»).

excepciones admita la ley universal adoptada como premisa mayor. Comparemos, por ejemplo, los enunciados siguientes: "todo proceso productivo tiende a abaratar sus costos", "todo ejército que se estime derrotado será derrotado" o "todo gobernante tiende a aumentar el territorio que le está sometido". Es obvio que una explicación basada en el tercero será más floja que otra basada, por ejemplo, en el primero. De ahí que muchas veces la explicación propuesta por un historiador pueda ser mejorada por otro historiador. De ahí también que unos hechos "se expliquen" mejor que otros. Concretamente, la elección por un personaje histórico de unos determinados medios, supuestos los fines, no ofrece problema: existen reglas técnicas, que, de paso, permiten juzgar *a posteriori* si los medios elegidos eran o no adecuados; en cambio, en la zona de las decisiones últimas, las que asignan fines, la explicación siempre resulta más problemática; por fin, hay acciones, o especialmente heroicas, o particularmente crueles, o totalmente desinteresadas, que no resulta posible explicar satisfactoriamente. Pues bien, en tales casos, se trata, no de escandalizarse, sino de reconocer tranquilamente el juego del libre albedrío: "lo hizo porque quiso".

Esta actitud, en un historiador, es diametralmente opuesta a la del defensor de "leyes de la historia" de cualquier tipo. En efecto, implica utilizar, según lo requiera la investigación, multitud de leyes universales en calidad de "premisas mayores" e incluso, llegado el caso, reconocer que no se dispone de la adecuada. En cambio, el que crea en "leyes históricas" tratará de explicar sólo por ellas, cuadren o no cuadren, todo acontecimiento pasado. Declarará, por ejemplo, que toda filosofía refleja los intereses de la clase dominante, y partiendo de la situación económico-política de la burguesía de Mileto, explicará por qué dijo Tales que todo procede del agua; luego, de las mismas premisas deducirá que Anaxímenes no tenía más remedio que afirmar que todo procede del aire, y volverá tranquilamente a repetir la operación a propósito de "lo indeterminado" de Anaximandro (apenas exagero: en la URSS, la historia de las ideas se escribe así mismo). Espero que con lo dicho, el defecto de esta metodología se vea claro: conduce a quien la emplee, o bien a inventarse la "premisas menores", o bien a construir razonamientos lógicamente no-

concluyentes. En ambos casos, la historia deja de ser una actividad racional.

Sin embargo, si se quiere que nos aporte algo, tiene que serlo. Esto es fundamental. Ciertamente, la historia se diferencia de la ciencia experimental, pero sólo es una diferencia de hincapié. Para el científico, en efecto, la dificultad está en el establecimiento de leyes universales; para el historiador, en cambio, el interés de la investigación se centra en el análisis de la situación de hecho. Pero los uno la presencia de la misma estructura lógica, tanto para la explicación científica como para la histórica.

Y esto mismo contesta a la objeción de que un criterio tan "cientificista" relegaría a la historia a simple folklore. Es todo lo contrario: sólo su adopción hace a la historia adecuada a lo que esperamos de ella. Y lo que esperamos de ella es, en primer lugar, *satisfacer nuestra curiosidad*. Ya esto sólo justifica una actividad intelectual. Pero hay más. La práctica de la explicación histórica, tal como la hemos definido aquí, permite resolver en sentido afirmativo la vieja disputa sobre si se pueden sacar *lecciones* de la historia (11).

(11) Y no sólo ésta: Permite resolver, con simplicidad y elegancia, todas las «cuestiones eternas» por las que los historiadores han derramado mares de tinta y se han metido en sutilezas escolásticas dignas de los peores tiempos del medievo. Tomemos una a vía de ejemplo: ¿quién es «el sujeto de la historia»? ¿El individuo o lo colectivo (culturas, clases, pueblos, etc.)?

Pues simplemente: depende de la «historia» que se esté escribiendo o que se desee leer. Depende, más concretamente, del criterio con que se seleccionen los hechos relatados. Para quien narre la «petite histoire» de la corte napoleónica, los sujetos serán, evidentemente, las personas que la componían. Pero caerán fuera de su ángulo de visión acontecimientos colectivos tan importantes como, por ejemplo, la revolución industrial. En cambio, el historiador de la economía sí la relatará, pero no será capaz de destacar la influencia personal de Napoleón en los acontecimientos posteriores. El que se incline por un criterio ecléctico relatará acontecimientos de ambos órdenes, pero menos detalladamente. Y entre estos criterios ¿cuál será el «más adecuado», o «más veraz», o «más objetivo»?

Vayamos por partes. En cuanto a «veraz», como de todas las formas es imposible formular *todas* las proposiciones históricas verdaderas, cualquier criterio adoptado sólo permite formular *parte* de ellas. Luego, mientras no se falseen los hechos, «veraces» son todos por igual. Por consiguiente, la

En efecto, permite distinguir conductas adecuadas e inadecuadas a una situación pasada, según se deduzcan lógicamente o no de un esquema explicativo. La misma situación, por supuesto, no se volverá a reproducir. Pero el análisis de una respuesta inadecuada puede dirigir nuestra atención hacia la regla general por la que resultó inadecuada. Y ésta, como es universal, sí puede ser de aplicación también en el futuro.

5. El "sentido de la historia".

Ahora bien, todo esto es posible sólo si concebimos la historia como hay que concebirla. Es simplemente el relato de las decisiones de nuestros mayores, de sus aciertos y de sus errores. Puede enseñarnos, puede, por tanto, imponernos obligaciones *morales*, pero no nos determina. La historia futura será lo que nosotros libremente querramos que sea, para bien o para mal. No tiene ningún "sentido" predeterminado que nosotros podamos conocer: tal conocimiento es privativo de la Providencia Divina. Luego hemos de desechar toda teoría que tienda a encubrir nuestra responsabilidad por nuestro propio futuro, por muy cómoda que resulte. Esta responsabilidad es *nuestra*, y no tenemos derecho a desentendernos de ella.

elección de uno u otro sólo depende de la *preferencia* del historiador o del público. Luego «subjetivos» también son todos por igual.

Y descalifiquemos inmediatamente las objeciones «evidentes» a tal planteamiento. ¿Se ha de preferir el criterio «más explicativo»? Claro, pero depende de lo que se quiera «explicar». ¿Se han de relatar los hechos que más condicionan nuestro presente? Es que lo condicionan *todos*, incluso los más «insignificantes»: «por una herradura se perdió un caballo...». A quien escribe estas líneas resultará muy difícil desconvencerle de que «si la nariz de Cleopatra hubiera sido más corta, la faz del mundo habría cambiado», y muy sustancialmente incluso. Pero aunque así no fuera, ¿por qué razón habría que privilegiar los hechos que nos condicionan con relación a los demás? Estamos en las mismas: por más vueltas que se le dé, la adopción de uno u otro criterio de selección —y, por tanto, de las premisas metodológicas que impone— es siempre cosa subjetiva. Siempre depende de la curiosidad del público y de las finalidades personales —pedagógicas, morales, políticas, etc.— que se proponga el historiador.